



Jorge Lobos
Hogar de Ancianos
Mullin, Chile

Otros temas

151 *El Globalismo: ideología de los ganadores*

RODRIGO BORJA

159 *Economía y violencia en Colombia*

CARLOS MARIO GÓMEZ

175 *Los derechos de la infancia desde la perspectiva
del Defensor del Pueblo*

MANUEL AZNAR

187 *Ética y Servicio Público. Un documento relevante para la OCDE*

JAIME RODRÍGUEZ-ARANA

El globalismo: ideología de los ganadores

RODRIGO BORJA

Presidente de Ecuador 1988-1992

La globalización es un proceso socioeconómico, el globalismo en cambio es una ideología -en el sentido lato de la palabra- porque va más allá de la descripción de un orden de cosas para convertirse en un conjunto de juicios de valor sobre él.

Por consiguiente, la globalización es una realidad tangible compuesta por una serie de sucesos objetivamente dados, en tanto que el globalismo es una teoría, un conjunto de ideas, una construcción ideológica, una elaboración conceptual que explica la globalización y trata de justificarla desde el punto de vista ético. Exalta sus excelencias, defiende sus logros, impulsa sus estrategias, difunde sus virtudes. E intenta convencer a la gente de sus bondades.

Tiene un enfoque muy amplio que va desde la defensa y justificación de los intereses geoestratégicos de los países dominantes hasta la “mundialización de la cotidianidad” que se manifiesta en las agendas de trabajo de la gente, los tópicos de su conversación, las informaciones diarias, los usos, costumbres y hasta los giros idiomáticos que tienden a extenderse e imitarse.

El globalismo se mueve en el orden teórico mientras que la globalización camina sobre la realidad tangible de lo económico y social. Como muchas de las ideologías, el globalismo obedece a intereses dominantes, en este caso de los países desarrollados. Y tiene también sus ideólogos, sus seguidores -que son los globalistas -, sus aparatos de resonancia y su estructura propagandística.

El globalismo defiende la nueva estrategia de dominación de los países industriales que es la globalización, enaltece el fundamentalismo del mercado, exalta la libertad de comercio, brega por el abatimiento de las barreras arancelarias, impul-

sa el flujo libre de los factores de la producción -excepción hecha de la mano de obra, a la que somete a muchas restricciones, incluso racistas-, propugna el desmantelamiento del Estado, implanta la monarquía del capital, fomenta la internacionalización de la economía, promueve el uso de las nuevas tecnologías, defiende la “desregulación” de las actividades económicas, favorece la homologación de las costumbres y la imitación de las pautas de consumo y fortalece la sociedad consumista.

Esta ideología empezó a forjarse a partir del colapso de la Unión Soviética y de la terminación de la guerra fría, cuando las potencias de Occidente quedaron sin contrapesos geopolíticos. Entonces uno de sus objetivos estratégicos fue la conquista de mercados dentro del mundo comercial redondo y no planisférico que surgió cuando, después de la terminación de la guerra fría, a la concepción meramente plana del intercambio internacional le substituyó su visión rotunda. Surgió entonces el concepto de “lo global”. Los medios de comunicación saltaron fronteras, las comunicaciones alcanzaron escala planetaria, el capital y los demás factores de la producción se desplazaron por el mundo, se intensificaron los intercambios internacionales. El planeta se convirtió en un solo y gran mercado financiero, comercial, bursátil y crediticio abierto las veinticuatro horas del día. Fue un fenómeno impresionante. Y de su exaltación teórica se encargó el globalismo, que fue la ideología elaborada por los ganadores del sistema para defender sus intereses. Con las más sutiles argumentaciones ellos se afanaron en explicar y justificar la destrucción del Estado y el asalto a las soberanías nacionales y de cohesión hasta los excesos irracionales del sistema.

El globalismo ha sido tan eficiente como portador de ideas e inoculador de intereses, que ha logrado convencer de las bondades de la globalización hasta a aquellos que son sus víctimas. Con gran astucia ha difundido la idea de que lo que conviene a los países industriales conviene a todos. Y así ha formado opinión en el mundo y ha logrado que el sistema reciba respaldo en el interior de los países cuyos mercados son invadidos y desmantelados sus aparatos productivos.

Por supuesto que las actividades económicas, financieras y comerciales globalizadas requieren una base física donde desarrollarse, pero esa base física ya no es el territorio de un Estado sino una área mucho más amplia, comprensiva de muchos Estados. Este es el nuevo espacio global. O sea el espacio que necesitan la producción y la tecnología de los países grandes para expandirse más. El espacio planetario de hoy es el equivalente de lo que fue el espacio estatal en los siglos XVIII, XIX y parte del XX, esto es, el escenario de la economía.

El globalismo ha “desterritorializado” la política y la economía. Las ha liberado de las fronteras nacionales. El territorio estatal para los efectos de la globalización ha pasado a ser menos importante que el tiempo como dimensión de la economía. Cosa que antes no ocurría. La dimensión temporal se ha superpuesto a la espacial, en el sentido de que lo que tradicionalmente se ha considerado como “nacional” ha sido desbordado por “lo global” y de que las fronteras estatales ya no cuentan o cuentan cada vez menos como factores condicionantes de la actividad política y económica. Las “plazas financieras” no coinciden, como antes, con la diagramación territorial de los Estados. La “alianza” entre las telecomunicaciones, la informática y los transportes ha empujado el planeta. Ha aproximado sus puntos más distantes. Ha vencido las dificultades que antes le imponía la geografía. Esto lo saben bien los actores políticos y económicos. A las corporaciones transnacionales no les interesa la territorialidad, en el sentido estatal de la palabra. De ahí que en la “aldea global” la dimensión espacial haya cedido su importancia a la temporal y el aprovechamiento del tiempo se haya vuelto el factor clave de la competencia y emulación económicas.

Por eso hoy se ha reactualizado la expresión “tiempo mundial”, creada por Wolfram Eberhard en los años 70 del siglo anterior para referirse a las condiciones internacionales en que es posible hacer algo dentro del contexto nacional, repetida después por varios pensadores franceses y empleada más tarde por Zaki Laïdi para designar los signos, señales y valores venidos del resto del mundo que favorecen una acción o serie de acciones dentro de un país o que las hacen necesarias. Bajo estas premisas Laïdi sostiene la forzosidad de la globalización, estimulada por aquellos mensajes. La globalización, según él, cuenta con el auspicio del tiempo mundial *-world time-* lo mismo que la perniciosa inversión especulativa de corto plazo en escala planetaria.

Para fines de análisis de las asimetrías de la globalización económica podrían desagregarse sus principales componentes, como lo hace el profesor Vicenc Navarro de la Universidad Pompeu Fabra, y podría hablarse de la globalización del comercio, la globalización del capital productivo y la globalización del capital financiero.

Al hacerse esta desagregación, lo primero que puede observarse es que la globalización comercial es un fenómeno totalmente dispar. Aproximadamente el 94% del comercio internacional se realiza entre los países desarrollados -es un intercambio intra-OCDE-, de modo que las compras a los países subdesarrollados alcanzan porcentajes muy pequeños, que en su mayor parte corresponden al

sudeste asiático y cuyos principales rubros son bienes primarios y manufacturas fabricadas en ellos por sucursales de las propias casas matrices del primer mundo. Eso significa que el flujo de bienes de los países pobres hacia los ricos es muy pequeño y en general contiene poco valor agregado. El profesor norteamericano Paul Krugman señalaba en 1997 que los productos manufacturados procedentes de los países subdesarrollados apenas representaban el 1,2% del producto nacional de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). En cambio, las exportaciones con que éstos invaden los mercados de los subdesarrollados, destruyen sus puestos de trabajo y comprimen los salarios están compuestas por bienes de un gran valor agregado. Por lo que las balanzas de comercio difícilmente pueden ser positivas para los países del tercer mundo.

En cuanto al segundo componente de la globalización, las inversiones productivas de los países desarrollados en el mundo subdesarrollado han sido muy reducidas y no han mostrado tendencias a incrementarse a pesar de los esfuerzos realizados por los países pobres para atraerlas por medio de la disminución de las cargas fiscales y de la baja de los salarios. Y la mayor parte de esas inversiones se ha dirigido hacia los dragones asiáticos. Esta es también otra asimetría. Bajo la enseña de la globalización, el abrumador porcentaje del capital productivo ha ido a parar a los propios países desarrollados. El líder socialdemócrata alemán Oskar Lafontaine, en un libro que lleva el paradójico título de *No hay que tener miedo a la globalización*, pero que contiene agudas críticas al sistema, publicado en 1998, señala que «el 70% del conjunto mundial de las inversiones directas se concentra en Europa occidental, los Estados Unidos y Japón. Estos son también los países de los que procede el capital: los cinco más importantes son los Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Alemania y Francia. En lo esencial, pues, existe una interpenetración de las economías de los Estados Unidos, Japón y Europa occidental». Y en cuanto a su país agrega que «la economía alemana no constituye una excepción a este monopolio. Una pequeña cantidad, el 4% de la inversión bruta, se dirige hacia los países en vías de desarrollo, concentrándose en Hong Kong, la India, Turquía, Singapur y Malasia».

El enorme poder del capital financiero en el mundo globalizado no tiene precedentes. Ha encontrado en los avances de la informática y las telecomunicaciones sus principales aliados. Puede cambiar su denominación, levantar vuelo e ir de un lugar a otro en pocos segundos, sin que los Estados receptores estén en capacidad de impedirlo. Las facultades que el neoliberalismo ha cercenado

al Estado han sido transferidas al capital financiero que en plenitud de poder busca alcanzar los mayores rendimientos posibles en el menor plazo.

Para ilustrar el punto el profesor Vicenc Navarro, tomándola del Washington Post, refiere una anécdota muy elocuente en su libro *Neoliberalismo y Estado del Bienestar* (1998). Dice que el presidente Bill Clinton, ante las insinuaciones del Secretario de Finanzas para que redujera el déficit público porque de lo contrario los capitales financieros forzarían al Tesoro a abaratar los bonos y encarar el precio del dinero, le respondió: «¿Quieres decirme que aquellos hijos de perra me dictan lo que debo hacer o no?». A lo que uno de los asesores del presidente comentó con ironía que si volviera a nacer preferiría ser un magnate del capital financiero antes que presidente de los Estados Unidos.

Así son las cosas en el mundo de la globalización. Hay una movilidad extraordinaria de capitales especulativos por el planeta, que son los responsables de las recurrentes crisis financieras y de la inestabilidad general en los mercados monetarios, bursátiles, cambiarios y crediticios, como las que estallaron en México en 1982 a causa de su desproporcionado endeudamiento externo y a finales de 1994 por la gran acumulación de inversiones de cartera sumamente volátiles, que abandonaron el país a los primeros síntomas de inestabilidad y que repercutieron en otras partes del mundo a través del llamado “efecto tequila”; o la última gran crisis del siglo XX que afectó gravemente a las nueve principales economías capitalistas de Asia: Japón, Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Tailandia, Malasia, Indonesia y Filipinas, que se desplomaron una tras otra en un lapso extremadamente corto, en medio de devaluaciones monetarias, dificultades financieras, caídas bursátiles, corridas de dinero, quiebra de empresas y despidos masivos.

Para revertir la crisis y como respuesta a la excesiva libertad de movimiento de los capitales especulativos, los dragones asiáticos implantaron a fin de siglo medidas restrictivas y duros controles sobre sus monedas y sus sistemas cambiarios con el propósito de evitar la salida de capitales. El entonces primer ministro de Malasia, Mahathir Mohamad, afirmó rotundamente en 1999 que “el libre mercado ha fracasado estrepitosamente”, suspendió todas las negociaciones en la moneda local -el *ringgit*- y prohibió a los inversores extranjeros tenedores de acciones malayas vender sus títulos por un año. Incluso Hong Kong, centro financiero tradicionalmente abierto, buscó mecanismos para restringir la libertad y la influencia de los capitales sin fronteras. Esta política económica implicó una revisión profunda de uno de los principios angulares de

la globalización, que es el derecho del dinero para viajar por el planeta sin cor-tapisas y para buscar sus más rentables posibilidades. Después de sufrir los estragos de la crisis, los países asiáticos dieron un viraje hacia los anteriores principios tutelares de sus economías y restringieron la “soberanía” del capital.

Hay que recordar que la crisis advino precisamente cuando los gurús neoliberales de Occidente convencieron a los grupos dirigentes del sudeste asiático de que abandonarían su proteccionismo comercial, reducirían las tarifas arancelarias, liberalizarían los mercados financieros, disminuirían el gasto público y desmontarían el control estatal sobre la economía. Es decir, cuando los dragones asiáticos abandonaron su modelo económico basado en un cierto dirigismo estatal que había dado un crecimiento tan notable a sus economías.

Sin embargo, el globalismo pretende convencernos de las bondades universales de la globalización y para ello cuenta con poderosos aliados en el interior de los países del tercer mundo. Habla del “comercio libre”, que en realidad es un comercio internacional programado y dirigido hasta en los más pequeños detalles por las grandes compañías transnacionales; o forja la ilusión de que lo que conviene a los países desarrollados es conveniente para todos como si la globalización no tuviera sus ganadores y sus perdedores; o postula las ventajas del *trickle-down*, como si los empresarios pudieran darse el lujo, en medio de la más descarnada competencia en la que sólo subsisten los más aptos y en la que se trata de expulsar del mercado no sólo a las empresas contrincantes sino a países enteros, de permitir que sus utilidades “goteen” más de la cuenta.

El globalismo pretende que la globalización es un hecho ineludible, contra el que no se puede luchar. Lo trata como si fuera un fenómeno natural y no una ordenación que los hombres dan al proceso de la economía de acuerdo con sus conveniencias. De donde concluye que ella tiene la fatalidad y la fuerza ineluctable de los fenómenos de la naturaleza. No se plantea siquiera la posibilidad de que pudiera ser reencausada, remodelada, racionalizada, humanizada o resistida.

Conviene recordar las palabras del primer ministro francés Lionel Jospin, publicadas en *El País Digital* de España, edición del 22 de noviembre de 1999: «Reconocemos plenamente la globalización. Pero no consideramos su manifestación inevitable. De aquí que tratemos de crear un sistema de regulación de la economía capitalista mundial. Opinamos que a través de la acción conjunta europea -en una Europa animada por los ideales democráticos sociales- se pueden reglamentar algunas áreas claves, como las finanzas, el comercio o la

informática». Y concluyó que no debemos rendirnos ante un modelo capitalista “inevitable” y tenido como natural. «No debemos rendirnos al concepto fatalista de que el modelo capitalista neoliberal sea el único disponible» -escribió- sino que debemos moldear el mundo con nuestros valores.

Al menos éste es el deber de un socialista: construir una sociedad más justa y no fomentar las desigualdades sociales derivadas del nacimiento o de la posición económica de las personas.